



Commemoración de los fieles difuntos

Propuesta de lecturas de entre las muchas posibles:

1^a Lectura

Lectura del libro de Job (19,1.23-27a)

Respondió Job a sus amigos: "¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá se grabaran en cobre, con cincel de hierro y en plomo se escribieran para siempre en la roca! Yo sé que está vivo mi Redentor, y que al final se alzará sobre el polvo: después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán."

Palabra de Dios

Salmo responsorial 24

A ti, Señor, levanto mi alma.
A ti, Señor, levanto mi alma.

Recuerda, Señor,
que tu ternura y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. **R.**

Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.
Mira mis trabajos y mis penas
y perdona todos mis pecados. **R.**

Guarda mi vida y líbrame,
no quede yo defraudado de haber acudido a ti.
La inocencia y la rectitud me protegerán,
porque espero en ti. **R.**

2^a Lectura

Lectura de la carta a los filipenses (3,20-21)

Hermanos: Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo.

Palabra de Dios

EVANGELIO

Marcos 15,33-39;16,1-6

Al llegar el mediodía, toda la región quedó en tinieblas hasta media tarde. Y, a la media tarde, Jesús clamó con voz potente: "Eloí, Eloí, lamá sabaktaní". (Que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?") Algunos de los presentes, al oírlo, decían: "Mira, está llamando a Elías." Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber, diciendo: "Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo." Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: "Realmente este hombre era Hijo de Dios."

[Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: "¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?" Al mirar, vieron que la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. Él les dijo: "No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron."]

MONICIONES Y ACCIÓN DE GRACIAS.

Monición de entrada

A Pesar de ser (**vísperas de**) domingo, hoy celebremos la conmemoración de los fieles difuntos. Completamos con ello la solemnidad de todos los santos. La Iglesia reconoce que las almas de algunos hermanos nuestros están cerca de Dios, pero no se olvida de todos los que se han ido sin tener a nadie rece por ellos. Hoy recordamos a todos los difuntos de todos los tiempos y pedimos por ellos, haciendo realidad la fe en la comunión de los santos y en la solidaridad universal con todas las criaturas de Dios, pues todos somos hijos de un mismo Padre.

Monición a las lecturas

Las lecturas de este día son lecturas fáciles de escuchar en los funerales. Nos hablan cómo debemos de afrontar el reto de la muerte. Escuchemos atentamente estas lecturas para no tener miedo ante la inevitable experiencia de la muerte, tanto la de los demás como la nuestra, pues todos estamos llamados a la vida y no a la muerte.

Acción de gracias.

*Oh muerte, inevitable e incómoda compañera de viaje,
silenciosa y discreta, siempre atenta a irrumpir
cuando la vida se torna frágil y quebradiza.
Oh muerte, unas veces escondida o agazapada
en los pliegues de la existencia;
otras ocultada por el miedo de los que ingenuamente se niegan
a recibir tu gélido e inevitable abrazo.
Salga de mí el pavor con el que mi boca te nombra;
brote la serena confianza de saber
que no eres meta ni fin de trayecto,
sino el umbral que nos sumerge en el Misterio eterno.
Sean tus manos como las de la matrona
que abre el vientre de este universo infinito
en el que somos gestados
y retiene por un instante nuestros cuerpos,
pero no puede arrebatarlos el alma
ni apagar el aliento de la vida
que mana del hálito divino.
Que cuando tus manos devuelvan al único dueño
los cuerpos que ayudas a parir
entre gritos de dolor y ausencia,
todo llanto se torne en alegre alabanza
por el definitivo abrazo entre nuestros alados cuerpos
y nuestras almas purificadas de toda oscuridad.*

ORACIÓN DE LOS FIELES (preces)

1. Por los fieles difuntos, para que pasado su tiempo en este mundo encuentren el perdón y la paz en la vida eterna. ROGUEMOS AL SEÑOR.
2. Para que vivamos en la alegría de la resurrección, sin miedo a la muerte. ROGUEMOS AL SEÑOR.
3. Por todos aquellos que han muerto sin conocer al Señor, para que encuentren en el otro mundo el amor de Dios que en este no llegaron a encontrar. ROGUEMOS AL SEÑOR.
4. Por aquellos por los que nadie reza; por los olvidados y los difuntos anónimos. Para que nuestra oración consuele sus almas y muestre al padre la comunión de los santos. ROGUEMOS AL SEÑOR.
5. Por las víctimas de toda violencia y de los desastres naturales, (**especialmente de la dana de hace un año en Valencia**). Que el dolor con el que dejaron el mundo se torne en la alegría de la vida eterna junto a Dios. ROGUEMOS AL SEÑOR.

HOMILÍA

La conmemoración de los fieles difuntos fue instituida en el año 998 por el abad San Odilón de Cluny y posteriormente adoptada por la Iglesia. Esta celebración busca ayudar a las almas del purgatorio en su camino de purificación, para poder alcanzar con más facilidad la santidad en el momento del juicio final. No hemos de confundir ni mezclar esta celebración con la solemnidad de todos los santos. El hecho de que se celebren en días seguidos hace que ambas celebraciones tiendan a ser confundidas como una única fiesta, mezclando a los difuntos con los santos, como si ambos compartieran una misma realidad. Todo ello se agrava si añadimos la contaminación con las celebraciones paganas, sobre todo provenientes de la cultura anglosajona o mexicana a través de Halloween o del día de los muertos.

Si bien hemos de asumir que muchas de nuestras celebraciones no vienen “llovidas del cielo”, sino que emergen de una realidad social y cultural entremezclada con elementos paganos que a menudo son sacralizados, también hemos de tener claro que muchos de esos elementos antropológicos o sociológicos están a veces contaminados por creencias supersticiosas, e incluso mágicas, entrando en clara contradicción con el mensaje de la fe. Discernir lo uno de lo otro para no mundanizar las celebraciones religiosas es una tarea teológica y pastoral de primer orden, pues incluso con la mejor de las intenciones podemos caer en el error de trivializar, cuando no atentar directamente contra el mensaje de la salvación.

La Iglesia celebra el uno de noviembre a todos los santos, especialmente a los anónimos cuyas almas esperan, cerca de Dios (en contemplación beatífica) la resurrección de la carne para culminar así su salvación. En el día de los difuntos, más que hablar de santidad, hablamos de la realidad de aquellos que han muerto con una vida que todavía no está preparada para entrar en la presencia de Dios, necesitando una purificación. Si bien ese proceso de purificación de nuestras almas tras la muerte es un proceso personal, no está exento de la solidaridad y ayuda de los santos y de los que todavía estamos en este mundo pues, según la comunión de los santos, el hecho de que nadie se salve solo sino en comunión nos lleva a tener que rezar los unos por los otros, especialmente por quienes más lo necesitan.

De esta forma, en este día, toda la Iglesia alza su oración por los que han fallecido, cualquiera que sea su estado o situación, mostrándoles nuestra solidaridad y apoyo para que en su proceso de purificación encuentren el camino adecuado que le lleve a entrar en la salvación, tras el juicio final que todos tendremos que afrontar para afianzar el bien que haya en nosotros y ser liberados de todo mal. Será entonces cuando cada alma recupere su cuerpo espiritualizado, venciendo así la consecuencia de la muerte y afrontando la plena relación con Dios y con los hermanos.

Hablar de difuntos es hablar de separación y toda separación tiene mucho de dolor y pena. Lo primero que la muerte separa es el alma del cuerpo. Desde un punto de vista espiritual, existen muchas formas de muertes, pero todas ellas conducen a la más evidente: la muerte biológica. Con todo, la muerte que acontece al final de una vida biológica viene precedida de muchas pequeñas muertes, que son como pequeñas (o grandes) separaciones provocadas por rupturas o pérdidas. Podemos considerar a este proceso injusto y cruel con la palabra “diabólico”, que literalmente significa todo aquello que separa, rompe o rasga, especialmente la unidad y la armonía original de la creación, cuando ésta sale de las manos de Dios.

Así, es muerte perder la salud (bien de forma brusca o lenta), la vitalidad, la amistad, la paz, la paciencia, la decencia, la vergüenza, la justicia, la bondad... hay muertes biológicas y muertes morales; pero son realidades que van íntimamente unidas, pues ya nos dijo san Pablo que la muerte es consecuencia del pecado (Rom 5,12). A la raíz de este mal que nos obliga a distinguir entre vivos y muertos, santos y pecadores, está la obstinación diabólica que pretende romper y separar lo que la dinámica creativa de Dios ha pensado y quiere que sea unidad y armonía.

Pero lo que en estas fechas más a flor de piel tenemos es la separación de aquellas personas queridas (amigos y familiares) que han dejado este mundo. Incluso abrimos el abanico para tener presentes también a todos aquellos difuntos anónimos por los que ya nadie reza. Un paseo por nuestros cementerios nos hace caer fácilmente en la cuenta de lo caduco que es el recuerdo de los que han dejado este mundo. ¡Cuántas tumbas nobles que en su momento fueron lujosos panteones hoy se hunden abrazados por las hierbas silvestres sin que queden familiares que las limpien o lleven flores! Y es que, en el mejor de los casos, nuestra memoria permanece dos o tres generaciones, no más. ¿Quién recuerda el nombre de sus bisabuelos o tatarabuelos? ¿Quién sabe dónde están enterrados y reza por ellos con la misma pasión que lo hace por sus padres o abuelos? Y eso en el caso de familias más o menos estructuradas o ennoblecidas, pero ¿Qué hay de aquellos que mueren solos o de los pobres en tumbas comunes? Pues hoy es el día para alzar la voz y el corazón por ellos y mostrarles nuestra solidaridad.

Pero si la muerte sólo fuera una separación, todo sería tristeza, pena o añoranza por quien se fue y ya no volverá, recuerdos que sólo encienden nuestra melancolía y nos hacen entrar en un bucle inútil de sentimientos que nos hacen esclavos de unos duelos imposibles de superar.

No hace falta explicar el dolor de la separación, pues es algo que todo ser humano normal experimenta, creyente o no creyente. No sentir el dolor de la separación es un síntoma de alguna psicopatía o de procesos psicológicos enfermizos que se blindan ante la realidad para no sentir el dolor. Lo normal es que nos duela la muerte, y no sólo porque nos arrebata a los seres queridos, sino también porque es como una profecía que anticipa nuestro propio final.

Pero Dios tiene la capacidad de reconducir toda traba diabólica para que finalmente encaje en la dinámica creativa de Dios mediante procesos restaurativos. Dios es como el judoca que usa la fuerza bruta del enemigo para vencerle sin humillarlo, esperando incluso su conversión, porque Dios quiere la conversión del pecador, no su condenación, que es como una muerte de la que ya sí que no se puede volver porque libre y conscientemente se elige la separación de Dios por pura obstinación.

Así, Dios nos ayuda en este día a darle un sentido nuevo a toda separación, asumiendo lo que de injusto y cruel tiene, pero dotándola de un sentido nuevo. Dios nos enseña a amar incluso en la separación; es más, nos enseña a convertir la separación en la excusa perfecta para amar más. En realidad, todo amor necesita un espacio para no devenir en posesión. El amor posesivo no deja espacio al otro, sino que invade su espacio, lo ahoga, lo retiene y erosiona su autonomía. Sólo hay amor si hay distancia, porque la distancia no es lejanía, sino un hermoso espacio para el verdadero encuentro, un encuentro que respeta la autonomía del otro, que teje lazos y puentes, pero no para retener o invadir, sino para establecer relaciones enriquecedoras.

Seguimos amando a los que se nos han ido, incluso más que cuando estaban en este mundo. De esta manera, la muerte, lejos de separarnos de nuestros difuntos, nos unen más ellos, aunque de una manera diferente a cuando estaban en este mundo. Su memoria debe ser memoria agradecida y no añoranza. Porque la añoranza está fundada en un duelo que nace del afán de posesión. Este afán de poseer o de retener en este mundo a los que ya se han ido de él nos hace sufrir mucho, así como también hace sufrir mucho a las almas de los que se han ido.

Es realmente difícil adaptarse a esta nueva realidad, pero es necesario aprender a hacerlo hasta que todos crucemos el umbral de la muerte y nos encontremos ya, renacidos, en la Vida con mayúsculas, una vez paridos tras la muerta a esa realidad que ahora sólo podemos intuir. Que este día de los difuntos no se quede anclado en la oscuridad de la tumba, sino que seamos capaces de buscar a Cristo entre los vivos, porque Él ha resucitado y con él todos aquellos que se dejan coger la mano para ser rescatados de la muerte.